

**CRONICA DE LA EXCURSION DE LA "SOCIEDAD
GEOLOGICA MEXICANA" A LA SIERRA DE SANTA
CATARINA. ***

La agrupación que en México cultiva los estudios geológicos, dando pruebas de que aún existe entre nosotros la fuerza capaz de dar vida á la ciencia, fuera de las esferas oficiales, determinó que la excursión de este año en curso fuese á la *Sierra de Santa Catarina*. Y deseosa de que pudiesen gozar de la paz, la soledad y la grandeza de las montañas, no sólo sus miembros, sino todos los amantes de los sanos placeres que brinda el campo, anunció que podrían inscribirse al corto viaje personas ajenas á la expresada Sociedad, llamamiento que no fué como el del predicador en el desierto.

Designóse el 31 de Julio para el fin deseado y á las 7 h. 45 m. de la mañana partíamos de San Lázaro en un tren del Ferrocarril Interoceánico, las personas siguientes: alemanes, Paul Hanff, Hermann Mayer, Ernesto Wittich, P. Lentz y Guillermo Höpfner; austriaco, Paul Waitz; cubano, Antonio Pastor Giraud; mexicanos, Juan de Dios Villarello, Francisco Javier Rojas, Teodoro Flores, Carlos Moya Zorrilla, Rafael M. Tello, Roberto G. Gómez, José A. Aguilera, Manuel Balarezo, José C. Zárate, Ignacio S. Bonillas y el autor de estas líneas; y yanqui, George Willis.

Dirigía el grupo el reputado geólogo Dr. Paul Waitz, que escribió para que la Sociedad Geológica la diese á la estampa y nos sirviera de guía, una descripción de la Sierra á la que íbamos, y la víspera expuso en interesante conferencia, con fotografías proyectadas por la linterna mágica, lo más notable de las manifestaciones volcánicas que veríamos, y algunos de los fenómenos generales del vulcanismo, en la sesión de verano de la ya nombrada corporación.

A la media hora de nuestra despedida de la Capital y tras haber visto el Peñón Viejo desde los asientos del vagón y los diversos paisajes que del camino se columbran, y conversando gratamente, bajamos en Los Reyes. Aquí empezó el viaje á pie, la instrucción y lo más agradable del paseo.

El tiempo era de lo mejor: sol hermoso, azulado cielo, brisas refrescantes. Los campos, con la verdura y las bellas florecillas de la estación,

* Escrita por encargo del Presidente de dicha Sociedad, Ing. D. Juan de Dios Villarello.

y los cerros, cubiertos de monte bajo y esmaltados por gran variedad de delicadas flores, atraían las miradas de los geólogos y de los aficionados al saber de éstos.

Caminar y empezar á ascender fué todo uno. De suerte que á cada cien pasos ó menos se ensanchaban de notable modo nuestros horizontes. Como se debía esperar, dada la claridad del día, el panorama, al que enfocamos nuestros ojos con arrobamiento y frecuentemente, era el grandioso formado por los elevados centinelas de nuestro singular Valle de México que llevan los expresivos nombres de *Popocatepetl* é *Ixtaccihuatl*. Sus perennes nieves fingían superficies de plata en las que reverberaban los rayos solares. *La Mujer Blanca ó Dormida* recordaba á la Venus que ostenta sus inmaculadas é incomparables formas, y que nacia, no del seno de los mares, sino de las etéreas é inholladas cumbres.

Incansable el Dr. Waitz así para subir como para enseñar, ora lo veíamos manejando su martillo con destreza consumada para haber un ejemplar y mostrárnoslo señalando lo digno de notarse en él, ora ascendiendo airoosamente, ya extendiendo su mano para indicarnos la dirección de las *corrientes de lava que avanzaron, las unas, hasta tocar á los lagos, ó fueron contenidas, las otras, por eminencias anteriores, ya esperando, para darnos las explicaciones del caso, á los que, por la edad ó la gordura, nos quedábamos siempre en zaga.*

El maestro Villarello, discreto como todos los que *de veras* saben, hablaba sólo cuando era interrogado y hacíalo derramando á torrentes las luces de su saber y los tesoros de su experiencia.

No es el fin de esta sencilla narración dar á saber lo que vimos como aficionados á la Geología, que para eso están allí las substanciosas páginas del Sr. Waitz, sino conservar, por medio de la palabra escrita, las impresiones de los que efectuábamos la correría. Todas fueron placenteras y de aquellas que se desea tornen frecuentes.

Causónosla grata á media subida el contraste del rojo vivo y del negro obscuro de los tezontles entremezclados, hallar algunas bombas volcánicas que sin gran esfuerzo quebrábanse, ó con golpe ligero de martillo, y tener en la mano preciosos ejemplares de los mismos tezontles que por el color y la forma y la escasa densidad semejan esas esponjas artificiales tan usadas en estos tiempos.

A la cima llegamos, del volcán de Santa Catarina, la más alta de la Sierra, á 2,800 metros de altitud en cifra redonda. *¡Volcanejo!* dirá alguno que haya hollado las eternas nieves de nuestros altísimos picos. No discutiremos. Lo será ó no, es muy interesante, y su amplio cráter convida á pasar en él unos días de delicioso alejamiento de las grandes ciudades modernas.

Desde aquella altura comprendimos con claridad el sentido del opúsculo de nuestro experto guía y abarcamos en dos miradas toda la Sierra. Doquier se advierte la forma peculiar de los cerros volcánicos y particularmente en el Xaltepec, que observado desde ciertos puntos de vista es un *tronco de cono perfecto*. Ante formas así, á las mientes nos vino el original y concienzudo ensayo de nuestro culto amigo el distinguido Ingeniero D. Jerónimo López de Llergo sobre *Morfogenia* (Revista Positiva, tomo IX.,

página 157-81) en el que explica á satisfacción cómo se produjeron los cráteres en los volcanes.

Descendimos del de Santa Catarina, y junto á un cebadal de breve llano, en un recuesto, y á la sombra de frondosos tepozanes, y cerca de abruptos peñascos, descansamos primero y almorzamos luego, en medio de animada plática y de sorbos de helada cerveza. Otra vez fué motivo de admiración el Dr. Waitz, á quien debíase el feliz acierto en elegir los apetecidos manjares y la elísea bebida. Se brindó y deseóse la prosperidad creciente de la *Sociedad Geológica Mexicana*, fué consagrado un recuerdo al eminente geólogo y compatriota D. José G. Aguilera, de viaje por Europa y con la encomienda de representar á México en el Congreso Geológico Internacional de Estocolmo; el Presidente de la Sociedad Sr. Villarello fué objeto de merecidas felicitaciones, y por último, con unánime aplauso y aprobación entusiástica, recibió el Dr. Waitz el bautizo de "*muestro de guías*."

El consumo de musculares esfuerzos había sido considerable en la mañana y estuvimos en reposo hasta las tres de la tarde. A esta hora reanudamos la marcha. Los menos fatigados subieron al pedregoso cerro de Santiago, y los más, quedamos en abierto puerto entregados á ver la Sierra y á sabrosa conversación. Integrado el grupo comenzamos á descender; en un paralelepípedo de cenizas volcánicas del cráter meridional del Mazatepec, subió el Sr. Waitz y desde esa tribuna geológica nos dió la penúltima explicación con voz clara, profundo saber, acento de apóstol y ademán gallardo. Le aplaudimos con calor. Llegó á nosotros, tras haber dejado el sólido contrafuerte, bajando donosamente por un recuesto de sesenta grados. ¡Nunca ha bajado más airoso un orador de la tribuna!

Cerca de Tlaltenco, *habló como guía por vez postrera el incansable alpinista*. Cuanto más nos acercábamos á esta aldea, más imponente veíamos al Santa Catarina; los abruptos senderos que habíamos seguido, las ásperas laderas, los horra la distancia y sólo veíamos el conjunto majestuoso del cráter y las faldas, tal cual sucede en la contemplación de los fenómenos sociales: *sólo la totalidad da ideas completas, y el que se pierde en el laberinto de los detalles, de él no sale é ignora hasta su propia condición*.

Por eso atrae la Geografía física á sabios y profanos, porque es sintética y sólo analiza como operación previa á sus apreciaciones de los totales. Al sentimiento repugnan las separaciones de lo abstracto y esas simpatías generales por los estudios que no desmenuzan los objetos en que se ocupan, revelan cómo está formada el alma humana y de qué manera han de cultivarse sus funciones.

Entramos á Tlaltenco cansados, pero más que cansados sedientos. Apenas tuvimos tiempo de reponer en parte los líquidos del organismo perdidos por el ejercicio. El tren había partido ya de Tláhuac y no tardaría en llegar á aquella población. Subimos al vagón, y, á pesar de la fatiga muscular, el espíritu no se rendía: nos fijamos otra vez, divisándola rumbo al Norte, en toda la Sierra de Santa Catarina.

La locomotora anduvo, y en silenciosa admiración nuestra, desfilaban los paisajes. Hundía su disco en el ocaso el en verdad astro rey, cuando volvíamos á México; sus postrimeros rayos impregnaban de indecible

melancolía los lejanos picos de las montañas: *La que humea* y *La mujer dormida* lucían arrogantes sus alburas teñidas de grana. Tan bello tránsito del día á la noche nos recordó el primor y la exactitud de Gabriel y Galán, cuando dice al hablarle *A la Montaña*:

“El bello sol naciente
siempre el beso primero
puso amoroso en tu soberbia frente;
siempre su adiós postrero
te quiso dedicar el sol poniente.....”

México, Agosto 8 de 1910.

AGUSTÍN ARAGÓN.